

GUY STANDING*

POR QUÉ EL PRECARIADO NO ES UN «CONCEPTO ESPURIO»

Las diferentes formas de ver el mundo rara vez son completamente ciertas o completamente erróneas; todas ellas son útiles en mayor o menor medida, dependiendo de las ideas que transmitan y de las cuestiones que provoquen. Gran parte del reciente debate sobre el precariado ha estado excesivamente dominado por reivindicaciones, por parte de las posiciones más ortodoxas de la izquierda, sobre que este no conforma una clase social. Jan Breman, escribiendo en *New Left Review*¹, ha defendido esta idea atacando fuertemente los planteamientos de mi libro *El precariado: una nueva clase social*² (2013). El editor de la revista me negó el derecho a responder, por lo que la publicación *openDemocracy* me ha ofrecido este espacio para aclarar por qué es útil usar representaciones de clase³.

Valorando las reacciones que ha tenido la obra *El precariado* a lo largo del mundo, son muchas las personas que han comprendido el concepto y se han identificado ellos mismos como parte de ese precariado. Este hecho lo vi encarnado en dos incidentes que presencié, uno en Estados Unidos y otro en Suecia.

En Estados Unidos, durante un largo discurso de un grupo de *Occupy Wall Street*, un hombre se hizo paso a través del público, dejó caer de golpe su silla en el centro del círculo y se sentó en frente de mí con los brazos cruzados. Alrededor de cinco minutos después, el hombre se levantó, con

Recibido 23-III-2014

Versión final: 1-VII-2014

* Professor in Development Studies, School of Oriental and African Studies, University of London. Correo electrónico: GuyStanding@standingnet.com; Website: www.guystanding.com.

¹ Jan Breman (2013), «A bogus concept», *New Left Review* II/84 (noviembre-diciembre de 2013), pp. 143-152. Puede consultarse en castellano en <http://newleftreview.es/84>.

² Guy Standing (2011, 2013), *The Precariat: The New Dangerous Class*, Londres, Bloomsbury Academic, 2011 [ed. cast.: *El precariado: una nueva clase social*, Barcelona, Pasado y Presente].

³ Publicado en: <http://www.opendemocracy.net>, el 23 de marzo de 2014. Esta traducción al español, realizada por Sandra Algara y Carlos Molina, se publica por acuerdo del autor con *Sociología del Trabajo*, en los mismos términos que *openDemocracy*.

los brazos todavía cruzados, mirando alrededor con teatralidad y después se señaló a sí mismo diciendo: «¡Soy yo de quien está hablando!». Después el hombre se sentó y aplaudió. El pasado año, cuando estaba finalizando un discurso en un gran encuentro en Estocolmo, un joven se levantó, me agradeció el discurso y después dijo: «Lo detesté. El discurso fue sobre mí».

Cada vez más gente comienza a comprender su situación dentro del precariado, reconocimiento que se traducirá en la construcción de una conciencia común de clase y que llegará a ser el motor del cambio. En vez de perder las esperanzas, primar la ineptitud o el desconcierto, los sentimientos pueden pronto mover los mecanismos necesarios para pasar de la pasividad a la resistencia de un movimiento activo.

El precariado tiene características de clase: puede ser definido en relación con otros grupos y consiste en un grupo de personas que comparten tres rasgos de clase similares, todos ellos tendencias o modas. En primer lugar, el precariado tiene diferentes *relaciones de producción* o relaciones de trabajo. A diferencia de lo que es común en el proletariado, el precariado tiene un empleo inseguro, inestable, cambiando rápidamente de un trabajo a otro, a menudo con contratos incompletos o forzados a puestos de trabajo negociados e intermediados mediante agencias o *brokers*.

Evidentemente, siempre ha habido trabajo temporal, por lo que esta característica en sí no distingue al precariado. El aspecto clave aquí es que este precariado está sometido a lo que yo llamo precarización –adaptación de las expectativas vitales a un empleo inestable y a una vida inestable–. Breman critica que con precarización (aunque cita mal la palabra) me estoy refiriendo a una pérdida de estatus. Pero el concepto de precarización no se refiere a la pérdida de estatus, al contrario del concepto de proletarianización –adaptación a un salario y un empleo estable–, un concepto muy utilizado por historiadores para analizar lo que ocurrió a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Precarización se refiere más bien a una pérdida de control sobre el propio tiempo y sobre el desarrollo y uso de las capacidades propias.

Además de ello, una persona que pertenezca al precariado tiene, a diferencia del viejo proletariado, un nivel educativo y formativo por encima del nivel que se le exigirá en el trabajo que entra en sus expectativas. Esta característica es históricamente exclusiva. Este hecho difiere de las características del proletario clásico, quien, en el mejor de los casos, aprendía un oficio o habilidad a una edad temprana, y si era competente podría ascender de oficial a artesano y de artesano a maestro o supervisor. Sin embargo, el precariado espera aprender y re-aprender innumerables trucos y desarrollar habilidades sociales, emocionales y comunicacionales que sobrepasen cualquier demanda del proletariado.

Estas son las habilidades del precariado, costosas de adquirir, fáciles de perder. Ello se une a la escasez de la continuidad laboral que las personas que pertenecen al precariado pueden dar a sus vidas laborales. Algunos de ellos no tienen identidad profesional. Peor aún, posiblemente, es la situación de aquellos que en principio están decididos a elegir una trayectoria para adquirir una identidad profesional solamente para tenerla arrebatada, una y otra vez.

Siguiendo las ideas marxistas, uno puede decir que considerando que el viejo proletariado era propenso a desempeñar trabajos que eran congruentes con sus habilidades profesionales, el trabajo que ocupan los miembros del nuevo precariado está considerablemente por debajo de sus habilidades profesionales, de sus capacidades.

Hay otro aspecto de las relaciones de producción específicas del precariado, puestas de relieve en el libro y ampliamente ignoradas por críticos como Breman. El precariado, generalmente, debe emplear mucho más recursos en trabajo no remunerado, «trabajo para buscar trabajo», de lo que jamás lo hizo el proletariado. Este último era explotado en el lugar de trabajo, en tiempo de trabajo remunerado. Normalmente, el actual precariado debe dejarse la piel en el trabajo y además trabajar fuera de las horas o de los días de trabajo remunerado. Estos, además, tienen que dedicar mucho tiempo, al margen de su trabajo, a buscar trabajo a través de papeleos burocráticos, haciendo colas, rellenando impresos, reciclándose, etcétera.

Esta serie de factores otorgan al precariado estas relaciones de producción distintivas. Para Breman y otros críticos como Ronaldo Munck⁴, decir que el precariado es sencillamente lo mismo que el proletariado es no entender todas estas diferencias.

Un segundo rasgo definitorio es que el precariado tiene unas relaciones de distribución específicas. Esto quiere decir que sus fuentes de ingresos difieren de las de otros grupos sociales. Tal y como he desarrollado en *El precariado*, este recibe casi todos sus ingresos en forma de salarios monetarios; sin embargo, no recibe la serie de beneficios no salariales de empresa que normalmente han recibido los asalariados y el proletariado, y no recibe beneficios regulados por las leyes del estado. Su dependencia de los salarios significa que el precariado no puede ser equiparado con el «amplio sector informal» al que hace referencia Breman, refiriéndose a los salarios que quedan fuera del mercado de trabajo regulado.

En tercer lugar, el precariado tiene relaciones específicas con el Estado. Ello significa que aquellas personas que pertenecen al precariado tienen menos derechos civiles, culturales, sociales, políticos y económicos, y más débiles, que otros grupos en relación con el orden jerárquico teniendo en cuenta la media de ingresos. El precariado es la primera clase social de masas en la historia que ha ido perdiendo sistemáticamente los derechos conquistados por los ciudadanos.

Además de no prestar atención a la triple conceptualización del precariado, Breman dice que utilizo el término «laborismo ortodoxo» para referirme a un modelo de producción fordista de trabajos estables y de larga duración. Yo no utilizo ese término y esto no es lo que yo quiero transmitir. Entonces, este autor afirma que yo argumento lo siguiente: «el centroizquierda debe abandonar los intereses “laborales” y de un estilo de vida agonizante». De nuevo, este argumento no es lo que yo formulo.

El argumento real, de forma resumida, es que hubo un error político para articular los derechos a prestaciones por el desempeño de un trabajo,

⁴ Ronaldo Munck (2013), «The precariat: a view from the South», *Third World Quarterly*, vol. 34, n.º 5, pp. 747-762.

o demostrar la disposición para realizar un trabajo, y para hacer caso omiso de todas las formas de trabajo que no son tales. Entre las consecuencias de ello encontramos que el trabajo reproductivo que lo realizan mayoritariamente las mujeres sobre los hombres, estuvo subestimado y todavía no ha obtenido derechos ni derechos a prestaciones.

Otras formas de lo que el libro llama «trabajo para buscar trabajo» son amplias, están en auge, no son remuneradas y son ilimitadas. Para argumentar que las personas deben tener derechos vinculados a *todas* las formas de trabajo no hay que llamar al abandono de los intereses de los que hacen el trabajo *per se*. Afirmar que yo he defendido esta última idea es tratar de hacerme parecer indolente con los trabajadores asalariados, cosa que es ridícula.

Breman dice que soy «cruel» con la clase trabajadora, con el proletariado. No lo soy. El proletariado fue la columna vertebral de la Revolución Industrial y produjo gran parte de nuestra riqueza colectiva. Pero es analíticamente útil diferenciar entre aquellos con trabajos manuales estables, con identidad y un estatus de clase trabajadora, como los mineros, estibadores, obreros de la siderurgia e incluso personal administrativo con empleos de larga duración, y el precariado, con sus características relaciones de producción, distribución y relaciones con el Estado, lo que, en conjunto, tiende a crear una conciencia específica de pérdida y relativa privación. Sin duda, tal y como declaro en *El precariado*, estamos hablando de los tipos ideales weberianos, en los que los grupos se definen por sus características arquetípicas.

Breman, que no es un experto sobre mercados de trabajo, realiza una familiar afirmación social-demócrata diciendo que la «flexibilización» de la búsqueda de empleo ha creado «crecimiento del desempleo». A nivel mundial, esto es falso. Hay más empleos que en cualquier otro momento de la historia, explicado por el número de población realizando trabajo remunerado, tanto en los países de la OCDE como en los mercados de trabajo de las economías emergentes. ¿Qué país tiene menor empleo hoy que al comienzo de la era de la globalización?

El dilema no es que el desempleo aumente, sino casi lo contrario, el «menor crecimiento de los empleos» –la extensión de los empleos de baja productividad con bajos salarios y casi sin beneficios salariales–. Como se argumenta en *El precariado* y en otras publicaciones, la liberalización de las economías en esta desincrustada fase de la transformación global triplica el suministro mundial de empleo a la economía de mercado abierta. Este es el único factor más importante que da forma a la emergente estructura de clase, para lo cual fundamentalmente debilitó la posición negociadora de los trabajadores en todas las partes del mundo.

Cualquiera que haya trabajado en países como China, India, Indonesia y Malasia, como yo, sabrá que el aumento de las medidas flexibilizadoras del mercado laboral coincidió con la mayor expansión de empleos en la historia de la humanidad. La perspectiva de Breman evita llegar a comprender la emergencia de lo que es un proceso de trabajo global, más que, como él lo caracteriza, un conjunto de «régimenes laborales» nacionales.

Una clasificación sin salida

Habiendo trabajado durante tres décadas en la Organización Internacional del Trabajo (OIT), me siento seguro a la hora de identificar una convergencia global sobre regularizaciones y políticas laborales. Por ejemplo, en los años ochenta, yo escribí, coescribí o supervisé una estimación de las tendencias sobre flexibilidad laboral en nueve países europeos, incluyendo aquellos aparentemente divergentes como Suecia y España. Al contrario de lo que Breman argumenta sobre que no tuvo lugar un impulso a la flexibilidad en el continente europeo durante esta época, la obra muestra un continente inmerso en cambios estructurales⁵.

Por supuesto que había diferencias institucionales, pero en todos los países se dieron tendencias similares. La preferencia intelectual de Breman por los «sistemas nacionales de trabajo» es reminiscencia de los «Regímenes del Estado del Bienestar» propuestos por Gøsta Esping-Andersen en su famoso libro de 1990⁶, los cuales evolucionaron hacia [modelos] híbridos, confundiendo a generaciones de estudiantes, encargados de clasificar los países y produciendo miles de artículos que no llevaban a ninguna parte. Tan pronto como un país era catalogado dentro de un régimen determinado, eran introducidas reformas estructurales que lo cambiaban. Ejemplo de ello es la Suecia actual, con alrededor de un cuarto de los jóvenes desempleados y con una desigualdad creciente a ritmos superiores a los de cualquier otro país de la OCDE, es un país completamente diferente del que fuera en los años ochenta.

Asimismo hay una tendencia global hacia la flexibilización de las prácticas y los mercados laborales, habiendo realizado encuestas en más de 30 países, considero que las prácticas de las empresas de todo el mundo actualmente tienen más en común entre ellas, que aquellas de las empresas nacionales treinta años atrás. Sea como fuere, puedo decir que en una encuesta de 3.000 empresas en Malasia a finales de los ochenta, era evidente que ya entonces estaban introduciendo cambios que flexibilizaban las relaciones laborales.

Ciertamente fue esa encuesta y otras similares realizadas en Filipinas, Tailandia e Indonesia las que me convencieron de que la tendencia era global y que tendría consecuencias en la fragmentación de clase, como fue posteriormente expuesta en una serie de libros, de forma notable en *Global Labour Flexibility* (1999)⁷, *Work after Globalization* (2009)⁸ y *El*

⁵ Durante los últimos años de la década de los ochenta, estaba claro que el modelo sueco, tan querido por los social-demócratas, estaba desintegrándose, produciendo crecientes desigualdades y fragmentaciones de clase, y derivando más lejos hacia los subsidios por desempleo como el núcleo de sus reconocidas «políticas activas del mercado de trabajo». Guy Standing (1990), *Desempleo y flexibilidad del mercado laboral en Suecia*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

⁶ Gøsta Esping-Andersen (1993), *Los tres mundos del Estado de bienestar*, Valencia, Alfons el Magnànim.

⁷ Guy Standing (1999), *Global Labour Flexibility: Seeking Distributive Justice*, Basingstoke, Macmillan.

⁸ Guy Standing (2009), *Work after Globalization: Building Occupational Citizenship*, Cheltenham (Reino Unido), Edward Elgar.

Precariado. Es completamente erróneo el reproche de Breman y Munck acerca de que la conceptualización proviene tan solo de la coyuntura en Reino Unido o los «países al norte del Atlántico».

Conflictos de interés y confusión identitaria

La perspectiva de Breman yerra al diferenciar entre grupos distintivos dentro del proceso laboral global como, aquellos a los que les va muy bien, los que les va menos bien, los que les va fatal. El aglutinamiento de todos [los grupos] en una gigantesca «clase obrera» enmascara lo que está pasando. Breman me acusa de «consolidar distinciones artificiales entre diferentes facciones de la clase obrera». Lo que supone mantener una ficción de que existe unidad material e intereses comunes donde es evidente que no los hay.

¿Dónde encaja un *manager* o un ejecutivo de una multinacional? Acaso es dividir artificialmente la sugerencia de que él o ella no pertenece a la misma clase que el trabajador o trabajadora de una cadena de montaje o de un limpiador/a subcontratado ¡Sí, todos trabajan! y estrictamente todos «venden su trabajo», tal y como dice Breman. La pregunta clave para cualquier científico social es: ¿Qué tipo de diferenciación tiene sentido analítico para investigar lo que está pasando? Intentar comprender la posición de clase distintiva de los diferentes grupos no persigue enfrentar a los unos con los otros, como clama Breman. Es para intentar comprender las diferentes circunstancias a las que se enfrentan y la conciencia que surge de las mismas.

Por ejemplo, el viejo proletariado sigue teniendo empleos seguros, y beneficios tanto empresariales como estatales, por lo que es de esperar que sus sindicatos defiendan sus intereses en contra de los del precariado. Breman y aquellos que piensan como él no comprenden por qué el precariado rechaza a los sindicatos tradicionales. Breman malinterpreta mi posición cuando digo que mucha gente «se define a sí misma como clase obrera, en parte precisamente porque están en trabajos precarios» y que yo «despacho esto como una confusión identitaria».

Lo que el libro realmente dice es que los [trabajadores] precarios con carreras universitarias no se sienten cómodos definiéndose como clase obrera, pero como no tienen propiedades ni salario, tampoco se sienten a gusto bajo la etiqueta de clase media. El apartado que trata sobre confusión identitaria relacionada con inconsistencias de las autodefiniciones de los padres y sus descendientes, tal y como reflejan los sondeos de opinión.

Aguas turbias

Así llegamos a la diatriba principal de Breman. Él subraya la gran cantidad de gente en países en vías de desarrollo que viven en malas condiciones sometidos a la «economía informal», y clama: «en principio Standing querría considerar estas masas depauperadas como una parte más dentro del precariado». No, no lo haría.

Realmente, he invertido gran parte de la década pasada trabajando en pueblos de Gujarat y Madhya Pradesh en la India, trabajando con SEWA (Self-Employed Women's Association of India /Asociación de Mujeres Auto-empleadas de la India) implementando un programa piloto que daba cobertura a miles de habitantes. El hecho de que sean extremadamente pobres y no tengan ingresos ni acceso a los recursos básicos para vivir, no significa que formen parte del precariado. Pero creo que hay un precariado creciente en la India, más concretamente en las 53 ciudades que superan el millón de habitantes, donde hay un número creciente de jóvenes con educación universitaria luchando por abrirse camino.

He argumentado con vehemencia que no tiene ningún sentido analítico meter a campesinos, pequeños productores, vendedores ambulantes y trabajadores ocasionales bajo una noción unívoca de sector informal. Eso es lo que hace Breman cuando dice que «más del 90 por 100» de los trabajadores hindúes se hallan en la economía informal. Habiendo proclamado la falta de definición de precariado, él no ofrece ninguna definición de los conceptos que utiliza, por ejemplo «sector informal», «régimen laborales», «clase obrera». Además, contradictoriamente utiliza clases obreras [en plural], mientras argumenta que la clase obrera no debe ser dividida.

Este escritor trabajó con la Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo (International Conference of Labour Statisticians), la institución responsable de establecer los estándares estadísticos. La conceptualización y medida del sector informal ha desafiado a varias generaciones de los mejores estadísticos del mundo del trabajo. Al final el intento fue abandonado hará una década. Esto no ha impedido a los no-estadísticos como Breman seguir usando un concepto de probada insuficiencia para hacer mediciones desde hace más de 40 años.

En su ataque, Breman dice que en lo demográfico el precariado es «notablemente heterogéneo». Aun así el sector informal debería ganar el premio al concepto más heterogéneo de la ciencia social. Él vaga por aguas todavía más turbulentas al describir el sector informal como un todo dentro del «empleo vulnerable». Muchos de los que él engloba bajo esa categoría no son para nada «empleados», que siempre ha significado trabajo a cambio de salario [asalariados]. La utilización de un concepto para denominar varias cosas no ayuda en nada a la claridad del análisis.

Uniéndose

Breman afirma que hablo de un «precariado malo» y un «precariado bueno», términos que jamás he empleado. De todas formas, el precariado es una clase en formación porque está dividida internamente en tres grupos, los cuales resumiendo podrían ser denominados Atávicos, Nostálgicos y Progresivos. El primero compuesto por aquellos que se quedan fuera de las comunidades proletarias, cuyos padres tradicionalmente tenían trabajos manuales. Este grupo está alienado, anómico, ansioso y enfadado porque no puede reproducir el pasado, con tendencia a escuchar los discursos políticos populistas que culpan a la inmigración y a los «crápulas» de su situación.

Los Nostálgicos son los ciudadanos de segunda clásicos, siendo migrantes o minorías étnicas, incapaces de recuperar la vida perdida, sin un presente. Están demasiado alienados, anómicos, ansiosos y enfadados, pero, tienden a mantener un perfil político bajo, con ocasionales revueltas cuando sienten que su espacio de libertad está siendo usurpado.

El tercero y el que tiene mayor potencial de progreso como grupo, consiste en personas altamente cualificadas, que consideran que se les niega un futuro, que se les deniega la posibilidad de construir una vida y una carrera profesional, que se rompe la promesa de progreso individual basada en la educación. Experimentan una sensación de privación relativa o frustración de estatus. Lo que se está convirtiendo en una importante fuente de estrés. Por ejemplo, de acuerdo con el Instituto de Políticas Económicas (Economic Policy Institute), en EEUU en 2012 el 46 por 100 de los puestos con bajos salarios eran ocupados por personas con educación universitaria, mientras que en 1968 era el 17 por 100, además el salario medio en esos trabajos ha bajado en términos reales. Más de las tres cuartas partes de los empleados en los puestos peor pagados tienen, al menos, el bachillerato.

Breman sostiene que mi creencia en la unión de las distintas partes que conforman el precariado es «realmente insostenible». Pero no dice el porqué, y yo no veo por qué no. Una misma necesidad no exige que todo el mundo sostenga idénticas visiones. Sin embargo, el argumento es que cuanta más gente tome consciencia de que su situación no se debe al fracaso personal sino a factores estructurales y políticas concretas, sacarán la fuerza necesaria para oponerse a aquellos poderes sociales y económicos, e intentaran promover un cambio estructural.

Conciencia de clase y presencia pública

En mi nuevo libro⁹ expongo que el precariado debe convertirse en una clase para sí para poder abolirse como clase. En otras palabras, solo cuando el suficiente número de personas del precariado se vean a sí mismas como parte de un grupo que tiene los mismos obstáculos podrán alcanzar el suficiente poder social para demandar determinados cambios. Hablando en plata, esto fue lo que pasó con el proletariado en las primeras décadas del siglo xx.

Durante el desarrollo del capitalismo industrial nacional, un amplio espectro de gente se vio sometida a la proletarización –esto es, sujeta a las disciplinas y dictados del trabajo asalariado estable, aceptando las órdenes de los mandos industriales–. Por supuesto, no todos los trabajadores ocupaban puestos estables. Pero con el capitalismo industrial y la formación de la ciudadanía industrial, el proletario medio era un empleado a tiempo completo, subordinado pero con la seguridad de estabilidad a cambio de obediencia a los mandatos de la gerencia.

⁹ Guy Standing (2014), *A Precariat Charter: From Denizens to Citizens*, Londres, Bloomsbury Academic, [De próxima publicación en castellano por Capitán Swing, Madrid.]

Mi discusión desde los años ochenta ha sido que más bien que confiar en la elaboración de regulación que refuerce las siete formas de seguridad relacionadas con el trabajo, las cuales conformaban la agenda de sindicatos y partidos laboristas durante el siglo xx, y que definían la tradición social-demócrata, actualmente en la Transformación Global hay dos necesidades o formas de seguridad que deberían ser perseguidas, el salario universal y una representación fuerte [de los trabajadores].

En otras palabras, es esencial reforzar las capacidades negociadoras de los individuos frente al capital y frente al Estado. No trato de minimizar este aspecto tal y como clama Breman. Los sindicatos fuertes son necesarios para defender a los empleados pero, además, nuevas formas de asociación colectiva son necesarias para dar voz al precariado en todos los foros relevantes, dentro y fuera de los lugares de trabajo y por encima de todo en la confrontación con el Estado.

El precariado es una nueva clase social peligrosa en parte porque rechaza todas las viejas ideologías políticas predominantes y porque es intuitivamente transformador. Una de las piezas más subversivas que muestran este punto fue pintado en un grafiti en un muro de Madrid: *«Lo peor sería volver a la vieja normalidad»*.

Otra forma de decirlo es que tanto el proletario medio, como sus representantes, aspiraron a establecer el trabajo asalariado a tiempo completo que se extiende hacia su futuro, mientras que el miembro medio del precariado aspira a conseguir un conjunto de actividades laborales enriquecedoras mediante la construcción de la libertad ocupacional. Hay una gran diferencia.

ARNALDO BAGNASCO*

GRAMSCI Y LA SOCIOLOGÍA¹*Una atención creciente*

La tradición de teorías e investigaciones que llamamos sociología nace como un intento de aplicar los cánones del método científico al estudio de las relaciones e interacciones sociales. Como ya sabemos esta idea tiene muchas raíces y distintos son los modos en los que interpretar la posible científicidad de la empresa. En un primer momento Auguste Comte propone una perspectiva positivista de una «física de la sociedad», para posteriormente adoptar la palabra sociología que perdurará, incluso cuando el significado se aleje mucho de lo que Comte entendía como tal. Muchos sociólogos reconocen en el materialismo histórico de Marx una de las bases más importantes de la sociología, pero justamente en esa época se estableció una contraposición entre sociología y marxismo como campos teóricos separados y opuestos, que permanecerá mucho tiempo. Raymond Aron (1967) se remonta a la fundación de la sociología, a lo que el denomina «generación entre dos siglos» principalmente en manos de Émile Durkheim, Max Weber, Georg Simmel, Vilfredo Pareto. La sociología empieza su camino aquellos años, con el desarrollo de diversos ambientes teóricos y típicos campos y técnicas de investigación, y así también se establece una institucionalización académica, primero en algunos países, luego en otros. Por lo tanto y hasta que la contraposición sociología-marxis-

Recibido: 4-II-2014

Versión final: 1-VII-2014

* Arnaldo Bagnasco es Profesor Emérito de Sociología en la Universidad de Turín, Italia. Correo electrónico arnaldo.bagnasco@unito.it.

¹ Este artículo retoma el texto de la presentación hecha en el congreso «Attualità del pensiero di Antonio Gramsci», organizado con ocasión de la Edición Nacional de sus escritos por la Accademia Nazionale dei Lincei, 30-31 de enero de 2014, del cual están en proceso de publicación las actas. *Sociología del Trabajo* agradece a la Accademia por haber concedido la autorización para la publicación de esta versión en castellano, realizada por Carolina Togneri y revisada por Juan José Castillo.

mo se mantuvo rígida, un marxista, que piensa y responde políticamente en la línea del materialismo histórico, tiende a estar fuera del campo de referencia de los sociólogos, o a ser mantenido al margen. En realidad, la interacción siempre ha estado presente, con altibajos. Las continuas transformaciones de las sociedades contemporáneas empujan a renovaciones del modo de estudiarlas y la sociología –en la variedad de los enfoques que experimenta– también vuelve a mezclar las cartas de su tradición.

Antonio Gramsci es una treintena de años más joven que Durkheim y Weber. La sociología de la generación entre los dos siglos circula en esos años en las redes intelectuales europeas: Gramsci en parte, directa o indirectamente, se acerca a ella. De Weber había tenido acceso directo a *Parlamento y Gobierno* y *La ética protestante*; de los trabajos de Durkheim en cambio tuvo contacto indirecto a través de Croce y Sorel. Pero en el mundo real y en las maneras de conocerlo los contrastes son muy fuertes: Gramsci es un arduo crítico de la sociología de su época, pero no de toda la sociología. Alessandro Pizzorno (1970) ha encontrado confluencias entre la conceptualización gramsciana y la de las ciencias sociales, Michele Filippini (2007), volviendo al punto anterior, habla de «una asunción consciente de los principales nudos problemáticos que los grandes estudios de sociología han desentrañado a lo largo del siglo xx». Y concluye: «Gramsci parece ser... el único marxista que se relaciona a la par con Durkheim y con Weber» (Filippini, 2007, p. 3)². Hace poco en un congreso reciente Ursula Apitzsch (2013) sostuvo que la violenta crítica de Gramsci a la sociología se refería a la sociología marxista de Bujarin y al positivismo de la sociología occidental, pero que también es evidente el aprecio que sentía hacia Weber, como por ningún otro sociólogo, aun teniendo un conocimiento limitado de él³. Esto no quita que a su vez, como marxista revolucionario Gramsci haya sido pasado por alto en ese momento y posteriormente o por lo menos subestimado por parte de la sociología institucionalizada. Veamos algún ejemplo emblemático de esta marginación.

No hay ninguna mención de Gramsci en el libro que probablemente ha representado la codificación teórica de la sociología *main stream* de la segunda posguerra: *The Social System* de Talcott Parsons (1951); pero tampoco menciona a Gramsci un sociólogo y crítico de aquel entonces, Wright Mills, especialmente polémico con respecto al funcionalismo de Parsons: no al menos en el famoso libro dedicado a la imaginación sociológica (Mills, 1959), ni en un texto teórico como *Carácter y estructura social* (Gerth y Wright Mills, 1953), ni en sus investigaciones empíricas sobre la sociedad americana.

En los años sesenta, Gramsci no encuentra sitio, ni siquiera de paso, en la refinada exposición de la *Tradición sociológica* de Robert Nisbet (1966). Hace no tanto, cuando Antohny Giddens se atreve a buscar *Nuevas reglas*

² El texto recoge la intervención en el Tercer Congreso de la International Gramsci Society; para más información, véase Filippini (2012).

³ Se trata desde luego de un terreno que merece ser explorado posteriormente. Como un acercamiento paralelo entre Gramsci y la sociología marxista, se podría citar la experiencia de la *New Left Review* de los años sesenta y setenta; se puede leer al respecto, por ejemplo, P. Anderson (1976).

del método sociológico (1976) o a formalizar su teoría de la sociedad, en *The Constitution of Society* (1984), no siente la necesidad de hacer una sola mención a Gramsci.

Sin embargo no faltan pistas contrarias de una atención que se hacen más frecuentes al acercarse a nuestros días. Gramsci aparece como innovador en el surco del marxismo en algunas de las exposiciones de la teoría sociológica. Por ejemplo, Randall Collins (1998) en su conocido volumen *Teorías sociológicas* de finales de los ochenta, reconoce su originalidad y le concede relevancia dedicándole un párrafo junto a Lukács⁴. Luciano Gallino (2006) en el *Diccionario de sociología* introduce referencias a Gramsci en al menos doce entradas, lo cual no hace más que indicar cómo se ramifica su campo de influencia⁵. Pero el nivel al que ha llegado el interés en algunos casos puede ser documentado a través de dos referencias actuales. El sociólogo probablemente más leído del mundo, Zygmunt Bauman, habla de Gramsci en una entrevista como un maestro fundamental: «Me ha permitido –dice– despedirme honorablemente de la ortodoxia marxista; sin sentir vergüenza por haberla compartido y sin el odio de tantos ex». Y añade que para él Gramsci ha sido revelador porque «rechaza el determinismo por el cual, en el marxismo oficial, los hombres son solo canicas, peonzas de la historia»⁶. Michael Burawoy, actual presidente de la Asociación Internacional de Sociología, después de haberlo sido de la americana, llega incluso a sostener que la teoría de Gramsci es «la ciencia social del capitalismo avanzado»⁷. Las pocas citas que he expuesto solo sirven para recordar la lejanía entre Gramsci y gran parte de la sociología, y las razones de esta, pero también para mostrar que desde hace tiempo el clima ha cambiado. Después del *cuánto*, intentaré entonces narrar *cómo* se orienta el interés de los sociólogos. Lo haré mostrando como se remiten a Gramsci tres importantes sociólogos contemporáneos.

Gramsci y Weber

Alessandro Cavalli (2012) ha propuesto una breve pero densa confrontación entre Gramsci y Weber, teniendo en cuenta tanto las similitudes como las diferencias. Las similitudes llevan con evidencias a considerar a Gramsci

⁴ «La teoría de la hegemonía de Gramsci —dice Collins— es parecida al modelo marx-enge-liano de los medios de producción de las ideas, teoría de la cual Gramsci debe de ser considerado como el descubridor independiente, de hecho *La ideología alemana* fue publicada en 1932... [Gramsci] ha formulado tal idea en un lenguaje neo-hegeliano italiano del siglo veinte, más que en el del materialismo militante de Marx y Engels», Collins (1992), p. 135.

⁵ Se trata de: Clase dirigente, Consenso, Conciencia de clase, Construcción social de la realidad, Intelectuales, Sociología de la literatura, Masas, Partido político, Sociología de la política, Relación social, Sentido común.

⁶ Véase «Bauman: se lo debo todo a Gramsci y Calvino», *Corriere della sera*, 13 de octubre de 2002.

⁷ El juicio se encuentra en «Antonio Gramsci and his legacy», el texto con el cual Burawoy presenta su curso, con ese mismo título, en la primavera del 2001 en la Universidad de California, Berkeley.

como cercano a los sociólogos; las diferencias permiten determinar aspectos críticos al respecto pero también la importancia que tienen por tartar dilemas que se vuelven a proponer hoy en día, como veremos más tarde. Ambos, Gramsci y Weber, reaccionan ante el economicismo y el mecanicismo típico del marxismo de la época⁸, y cultivan la idea de la autonomía relativa entre cultura y política. Enunciado habitual en la sociología y una evidente relación sociológica. La teoría de Weber al respecto se enlaza a otro punto de crítica al materialismo histórico: no se puede prever como algo necesario la transición del capitalismo al socialismo. El éxito del juego entre las condiciones históricamente determinadas y las opciones abiertas a la acción (disponibles, manejables) no es en general algo que pueda ser precisado ni que se pueda dar por sentado. Gramsci no es tan claro al respecto.

Es una diferencia que resulta más clara si se tiene en cuenta la teoría de la política. Otra vez comparten la idea fundamental de la política como «lugar de relaciones de fuerza y de dominio entre quien gobierna y quien obedece» (*Gramsci y Weber*, cit., p. 377). Weber añade a tal idea una tipología de las razones subjetivas de la obediencia, es decir, la creencia en la legitimidad de la autoridad que emana el poder; es la famosa tipología de las tres formas de poder: carismático, tradicional y legal-racional; a la cual enlaza una teoría del estado, haciendo corresponder tipos distintos de este a distintas formas de autoridad. El contraste hizo que Cavalli observara que a Gramsci le falta «una consideración del estado como elemento autónomo de la política, más allá de los grupos y de las clases que ocupan las posiciones de poder y que se disputan entre ellos» (*ibid.*, p. 378). Gramsci percibe por otra parte el concepto de carisma, a través de la reelaboración que hizo Michels, pero no recoge la corriente teórica que había desarrollado Weber, que le habría interesado: el carisma de hecho está asociado a los momentos de ruptura de la historia, cuando se ponen en cuestión las estructuras institucionales. Posteriormente, Weber añade al respecto un elemento clave: es «el problema... de lo que tiende a pasar tras el excepcional momento de las transformaciones revolucionarias, cuando se reestablece un orden social» (*ibid.*, p. 379).

Los partidos revolucionarios tienden a sufrir una degeneración autoritaria y burocrática, y el socialismo de estado, para Weber, tiende a transformarse en un régimen incapaz, más aún que el capitalismo, de establecer una dialéctica entre los grupos y las clases sociales.

Para Gramsci el partido revolucionario es el actor político que unifica las clases subalternas, desarrollando una lucha ideológica por la hegemonía, es decir «la capacidad de un grupo o de una clase social de influir ideológicamente, más allá de lo organizativo y lo político, a otros grupos y clases sociales para constituir así... un bloque social de oposición orientado potencialmente a convertirse en un bloque de gobierno» (*ibid.*, p. 376).

⁸ Cuando, entre otras cosas, las obras juveniles de Marx no habían sido todavía publicadas. Para criticar el economicismo Gramsci se apoya en Lenin y en su crítica a las versiones vulgares rusas del marxismo. Lenin volvía para esto a las *Luchas de clases en Francia* y al *Brumario de Luis Bonaparte*, donde Marx era bien consciente, como sabemos, de la complejidad social del momento.

Con esto se asume la crucial importancia de las ideas, cada una en su relativa autonomía. Pero volvamos al problema de la involución de los partidos revolucionarios. Gramsci adopta la idea de Lenin de partido-guía. ¿Que le impide a él, aún habiendo leído a Michels, referirse a la degeneración burocrática del partido?, se pregunta Cavalli, dejando en el aire la respuesta.

El punto anterior hace una llamada a los intelectuales. Un aspecto es común: la oposición a una visión idealista de los intelectuales por encima de todo, libres de restricciones. Divergen después profundamente la figura gramsciana del intelectual orgánico que pertenece a un bloque social, dividido en una lucha ideológica por la hegemonía y la figura weberiana del científico. También Weber ve a los científicos comprometidos por la lucha por el poder, pero hace referencia una tensión irreducible entre el hombre de acción y el hombre dedicado al conocimiento. Conocemos el *pathos* con el cual, en la famosa conferencia sobre el trabajo intelectual como profesión, Weber expone la radical diferencia entre el hombre dedicado a la política para la conquista y el ejercicio del poder de conquista y el científico que persigue libremente sus ideales de conocimiento y verdad. Es una diferencia relevante, que a su vez lleva a dilemas recurrentes. En todo caso, ambos concuerdan en «volver continuamente a la necesidad de establecer puntuales análisis específicos de la realidad social, con cierta distancia, con desencanto, sin dejarse engañar por los deseos y las “gafas” ideológicas, ya que solo de esa manera es posible extraer las indicaciones correctas para sobre que hacer» (*ibid.*, p. 383).

Esto nos lleva a una última consideración. Ambos, Weber y Gramsci, se orientan «hacia análisis concretos de momentos y situaciones históricas específicas» y es «en referencia a esta dimensión histórica empírica que es hoy importante reconocer a Gramsci como la figura del gran analista de los fenómenos sociales». Las recomendaciones para la investigación que nos ha dejado sobre la sociedad italiana son de una actualidad asombrosa. Cavalli pone como ejemplos las páginas en las cuales nos invita a conocer desde cerca el mundo y la cultura católica, páginas en las que dice que «es necesario ir a observar cómo trabajan los periodistas en los periódicos de provincias, cómo trabajan los maestros en los pueblos, cómo se instruyen y que forman los intelectuales que se colocan a distancias distintas entre el centro y la periferia» (*ibid.*, pp. 383-384). Este es un análisis empírico cercano de la sociedad, algo propio de la sociología, que se balancea entre teoría e investigación y que justamente la sociología introducirá en Italia también.

Gramsci y la sociología histórica

El segundo ejemplo que propongo trata sobre lo que Gramsci significa para el desarrollo de la *sociología histórica*, un ámbito teórico y de investigación que constituye una de las perspectivas más interesantes de la sociología. Massimo Paci en un libro reciente redefine el perímetro, con un «viaje entre los sociólogos que podrían estar considerados dentro de este espacio o que se sitúan en los márgenes más inmediatos» (Paci, 2013, p. 14). El espacio está compuesto por tres parámetros:

- La importancia macrosocial del objeto de estudio, con análisis que se refieren a casos nacionales o a procesos relevantes a esta escala: la construcción del estado nacional, la aparición de regímenes autoritarios o democráticos, el nacimiento y el desarrollo de sistemas nacionales de *Welfare-State* serían algunos ejemplos. El objeto de estudio, además, «se interpreta según su determinación histórica concreta o particular y no como una teoría asumida *ex ante*» (*ibid.*, p. 18).
- La concepción del mundo social «construido por los hombres a través de sus representaciones de intención, individuales y colectivas y sus acciones con sentido», una visión weberiana, según la cual «el conocimiento ha de pasar necesariamente a través de los significados y las representaciones de intención de los hombres» (*ibid.*, pp. 18-19).
- Y para terminar, un método histórico-comparativo, derivado también de Weber, constituido por un número limitado de casos «que permite la confrontación sistemática de las similitudes, de las recurrencias, analogías (o viceversa, de las diferencias y discordancias) entre los mismos casos» (*ibid.*, p. 20).

No seguiré el recorrido de este programa de investigación que a partir de los fundamentos clásicos de la sociología histórica tiene en cuenta el desarrollo, con vistas al interior y a los límites del recinto definido. A nosotros lo que nos interesa realmente es entender el cómo y el porqué de la presencia de Gramsci aquí. A juicio de Paci, ni Marx ni Gramsci pueden formar parte del espacio de la sociología histórica. Sin embargo, Marx ha dado «un primer paso decisivo hacia la visión de la sociedad como sociedad “historizada”» (*ibid.*, p. 15), rompiendo con el idealismo hegeliano y con el positivismo de Comte. Esta ha sido la «condición previa... para cualquier desarrollo posible de la sociología histórica» (*ibid.*, p. 403). Algunos aspectos lo acercan a esta pero otros lo alejan, sobre todo el presupuesto teleológico, y el hecho de que «el significado de la acción tiende a ser deducido del contexto en el cual se desarrolla la acción» (*ibid.*, p. 74). Gramsci comparte la confianza en la «racionalidad de la historia», la idea de una necesidad por la cual «son las construcciones que corresponden a las exigencias del momento histórico las que acaban por imponerse» (*ibid.*, p. 85). Por este motivo también él se queda fuera de los márgenes del espacio de la sociología histórica. Aún así es relevante una novedad con respecto a Marx: el descubrimiento del peso de la sociedad civil burguesa. Paci cita a Michael Walser, según el cual Gramsci no parece interesado en ninguno de los elementos de indagación propiamente marxistas: la base económica, las relaciones de producción etc. En realidad según Paci «Gramsci no es que no tenga en cuenta las condiciones materiales, sino que se da cuenta de que estas no mueven la historia por sí solas: el movimiento de la historia depende esencialmente de la conciencia que los actores sociales tienen y de su capacidad de acción y de lucha» (*ibid.*, p. 82). Y de aquí parte un concepto distinto de sociedad civil, que no se identifica con la esfera de las relaciones económicas ni estructurales, sino con la esfera social, las instituciones superestructurales de la cultura, las ideologías y las técnicas de consenso a nivel social. Pero no solo: en vista de la autonomía de la esfera social, del rol de los

cuerpos intermedios y de los aparatos culturales, «Gramsci invierte la relación entre estado y sociedad civil» (*ibid.*, p. 405), que se hace más problemática, con una influencia a dos bandas. Esto revela una mayor sensibilidad sociológica con respecto a Marx, de la cual derivan conceptos y una atención a fenómenos como el sentido común, el conformismo, o muchos conformismos, la hegemonía, el intelectual colectivo. Gramsci reconoce una multiplicidad de combinaciones y resultados posibles de las acciones, pero manteniendo el límite antes mencionado de la idea de la racionalidad de la historia, «en el sentido de que aunque la escena de la sociedad le resulte una mezcla de múltiples conformismos culturales e ideológicos en conflicto entre sí, él está convencido, no solo que uno solo de ellos concuerde con la racionalidad histórica, sino que también para un observador debidamente preparado es posible *descifrarlo con anticipación*» (*ibid.*, p. 406). Además de posteriores consideraciones se puede añadir todavía para concluir (*ibid.*, p. 87) el importante elemento que acerca a Gramsci a la sociología histórica y confirmar otro que —diría yo— le acerca a la sociología *tout-court*.

El caso italiano en el análisis gramsciano se entiende comparándolo con otros casos nacionales, con experimentos típicos de la sociología histórica, de Weber en adelante, a través de sus similitudes y sus diferencias. De tal manera que el estudio del Resurgimiento, que tal como muestra la particularidad del caso italiano con respecto a los casos franceses, ingleses y alemanes, bajo la idea de *revolución pasiva*, se «ha convertido en un “clásico” entre los estudiosos de la modernización política nacional en Occidente» (*ibid.*, p. 87). Lo reconoce abiertamente una exponente de los estudiosos mencionados anteriormente, Theda Skocpol, que encuentra la fuerte influencia recuperada de los estudios comparativos en los Estados Unidos entre los años sesenta y ochenta. El segundo elemento, que es importante confirmar, es la orientación que busca explicaciones causales con una microfundamentación del análisis. Este procedimiento asume que verdaderamente no se puede explicar cómo las condiciones estructurales generales producen consecuencias sociales si no es considerándolas como un efecto añadido de las elecciones, acciones e interacciones de actores en situaciones específicas, definidas en el cuadro de las condiciones generales. Este procedimiento, cuyo uso en sociología se remonta por otra parte a Weber y Simmel, se ha extendido a distintos ámbitos y campos en la sociología contemporánea, a escalas y por temas diferentes. Ha sido también seguida por Gramsci a su manera, y en este sentido se ve también la microfundamentación de las relaciones entre sociedad civil, lugar de la acción e instituciones jurídicas y estado antes mencionados. Este último punto nos acerca las consideraciones sobre la actualidad de Gramsci y que veremos en el ejemplo sucesivo.

Gramsci y la sociología pública

Hace unos años se desencadenó una animada discusión sobre los diversos tipos o géneros de sociología, animada en Europa por Raymon Boudon (2002) y en América por Michael Burawoy, en su *Presidential*

address en la *American Sociological Society* (2005). Para Burawoy, en la tempestad de la crisis social originada por el neoliberalismo, los sociólogos son llamados a reflexionar sobre *para quién* y *para qué* trabajan. Según esta perspectiva, propone la idea de distinguir cuatro géneros de sociología, en tensión y colaborando entre ellos, necesarios los unos para los otros.

La *sociología profesional* es el núcleo de la disciplina, porque aporta métodos experimentados, elementos cargados de conocimiento, preguntas orientadas, aparatos conceptuales, teorías y programas de investigación que evolucionan. No es posible la existencia de ninguno de los otros géneros sin la sociología profesional, en la cual los sociólogos tienen como público a los sociólogos.

La *sociología orientada a las políticas* (*policy sociology*) responde a demandas de un financiador para afrontar problemas que este ha formulado; la demanda puede ser más o menos restrictiva, como por ejemplo investigar las causas de la pobreza por cuenta del Gobierno.

La *sociología pública*, propuesta central de Burawoy, se distingue de la sociología orientada a políticas porque establece un diálogo entre los sociólogos y un público específico: participantes de un movimiento, asociaciones de barrio, grupos de defensa de minorías, organizaciones en defensa de los derechos etc. Hay un ajuste recíproco en la interacción discursiva, con una discusión en la cual los valores y objetivos no son compartidos en un primer momento, pero justamente el verdadero objetivo es el de desarrollar una conversación y un consenso, teniendo como meta la acción.

La *sociología crítica*, para terminar, es el cuarto tipo de conocimiento reflexivo sobre las premisas del valor de la sociedad como de la sociología. Es como una conciencia crítica de la sociología profesional, como lo es la sociología pública de la sociología orientada a las políticas. Las cuatro sociologías tienen típicamente públicos, legitimaciones, distintos criterios de fiabilidad, pero se necesitan, se estimulan entre ellas. Sin el juego entrecruzado de sus relaciones se aproximan a las típicas patologías. La sociología profesional corre el riesgo de convertirse en auto-referencial, la sociología orientada a las políticas puede caer en el servilismo, la sociología crítica corre el riesgo de caer en el dogmatismo sectario y la sociología pública es tentada a secundar pasivamente y a adular a sus públicos. En la *Presidential address* titulada *For public sociology* Burawoy no nombra a Gramsci explícitamente, pero la atención de Gramsci sobre la sociedad civil hace de él una originaria referencia fundamental para la sociología pública, esto es explícitamente reconocido por Burawoy en otras aportaciones dedicadas a él. A la traducción italiana de *Para una sociología pública* le precede una introducción en la que se hace una confrontación entre Gramsci y Mills, para distinguir dos tipos distintos de sociología pública (Burawoy, 2007). Burawoy utiliza la distinción que hace Gramsci entre intelectuales tradicionales e intelectuales orgánicos. Y de Mills recoge su oposición a la sociología profesional de su época –la gran teoría del funcionalismo y el empirismo abstracto– pero su ocupación pública, expresado bajo el concepto de «imaginación sociológica» como orientación para unir dificultades personales con problemas públicos, utilizado por él en famosos trabajos para

sensibilizar la opinión pública, representa también una resistencia a la verdadera sociología pública, a falta de un contacto directo y de una relación de diálogo con un público específico, en lucha en las «trincheras de la sociedad civil» (*ibid.*, p. 8). Pero la capacidad analítica y la puesta en escena de su trabajo como investigador aislado es limitada. La imagen y la denuncia a la sociedad americana como sociedad de masas, compuesta únicamente por individuos que se dejan manipular, no le permiten ver que justamente en la sociedad que critica están madurando una serie de movimientos sociales que explotarán pocos años después en los campus universitarios, en los guetos y en los suburbios. «Qué diferente de Gramsci –exclama Burawoy– que no ha perdido jamás la confianza en la posibilidad de recuperar *la sensatez*, sepultada en el *sentido común*, una sensatez que los intelectuales pueden elaborar a través del contacto directo con las clases populares» (*ibid.*, p. 11).

En un artículo anterior (2003) Burawoy encuentra una complementariedad, hasta ahora inexplorada, entre Gramsci y Karl Polanyi, otro ejemplo de científico social cuyo trabajo ha tardado en ser reconocido en toda su dimensión. Provieniendo de ramas distintas del marxismo, ambos entienden la sociedad, territorio de la sociología pública, desde dos perspectivas que parecen complementarias. Gramsci ve la sociedad civil en tensión con el Estado, Polanyi con el Mercado. Para Gramsci la expansión de la sociedad civil otorga al estado una función estabilizadora que controla las tensiones de clase, hasta el límite de la dictadura. Para Polanyi el mercado amenaza a la sociedad civil invadiéndola en su cotidianidad. Ambos se centran en la defensa de la sociedad civil, asediada y usurpada tanto por el mercado como por el Estado, y en la consiguiente acción política. Aunque menos verdadero para Gramsci que para Polanyi, Burawoy concluye encontrando en ambos un límite compartido, el concepto de una sociedad civil homogénea: hoy en día para considerar la estructura de la sociedad como territorio de lucha, es necesario en cambio considerar la «bifurcación por raza» y la «fragmentación patriarcal» (*ibid.*, p. 250 suj.), que tiene en cuenta la condición femenina, y de hacerlo en un marco que explore cómo la sociedad se expande más allá de las fronteras nacionales para componer así una sociedad transnacional.

Observaciones conclusivas sobre cuestiones abiertas

En esta exposición he presentado algunas pistas para poder seguir las relaciones entre Gramsci y la sociología. Después de haber indicado las señales que apuntan a una atención que crece a medida que pasa el tiempo por parte de los sociólogos, he intentado narrar la consistencia de tal atención: ¿por qué y cómo nos acercamos hoy a Gramsci?. Y he respondido con tres ejemplos, tres elaboraciones sobre Gramsci que yo diría *activas*, porque no se reducen a una simple posición en el pensamiento histórico o a un banal reconocimiento de anticipaciones. Este modelo *activo* lo siguen las elaboraciones mencionadas de Cavalli y Paci; pero, para concluir conviene concentrarse en Burawoy, que exige una elaboración

activa, con el objetivo de definir una división del trabajo sociológico que ha tenido un vasto eco y un encendido debate.

Recordemos que Burawoy propone cuatro tipos de sociología: la *sociología profesional*, donde los sociólogos hablando entre ellos, conservan y afinan métodos experimentales, aparatos conceptuales, teorías; y desarrollan diferenciados programas de investigación; la *sociología orientada a políticas*, que interviene ante peticiones de un financiador público o privado; la *sociología pública* en diálogo con participantes de movimientos, asociaciones, organizaciones en defensa de los derechos; la *sociología crítica*, un conocimiento reflexivo sobre los valores de la sociedad y de la sociología. El esquema analítico propuesto está muy articulado, y un punto crucial de su desarrollo es la afirmación de la complejidad de cada uno de los tipos, y sobretudo el concepto de que los distintos tipos se necesitan los unos a los otros para un crecimiento positivo de la disciplina, para impedir patologías de cada uno de ellos pero también para crear sinergias positivas. Creo que realmente estas afirmaciones habría que tomárselas en serio. Burawoy da ejemplos que ilustran sinergias al respecto, pero a veces no parece muy convencido, como si no se lo hubiera tomado en serio. Suena especialmente limitativa y equívoca la afirmación de que la sociología pública es el alma crítica de la sociología orientada a las políticas. Autonomía de juicio y capacidad crítica forman parte de todo tipo de sociología, y por lo tanto también de los sociólogos orientados a las políticas (si quieren seguir siendo sociólogos) tanto más cuando los sociólogos ocupan más de un lugar de la sociología, como observa el mismo Burawoy. No se le puede negar el espacio de autonomía y también de crítica a la sociología orientada a las políticas, si está en disposición de discutir opciones inviables, por ejemplo o de señalar consecuencias perversas de las elecciones a largo plazo o efectos en contextos extensos: esto muestra que la etiqueta de instrumentalidad del trabajo de los sociólogos de políticas es demasiado limitativa. Por este motivo la licencia de conciencia crítica a la sociología pública ha de ser problematizada. La aportación independiente de los sociólogos ocupados en la elaboración y control de políticas contribuye a afrontar problemas públicos y a garantizar suficientes equilibrios sistemáticos y sociales comprensivos. El peligro de subalternidad a las peticiones del financiador, por parte de un sociólogo que no hace su trabajo porque no hace valer su autonomía o capacidad crítica, no es superior al peligro de subalternidad de posibles derivas populistas e ideológicas de una corriente. También podemos llegar a la conclusión de que es indispensable que se haga costumbre una confrontación entre la sociología orientada a las políticas y la sociología pública y que ambas tienen recíprocamente una función de conciencia crítica, la una hacia la otra. Es un hecho que la aportación de la sociología pública y de sus prácticas discursivas detrás de los movimientos sociales y públicos en las «trincheras de la sociedad civil» es importante; y es comprensible el énfasis de Burawoy al respecto, si se considera que la ola neoliberalista y la desordenada globalización en los últimos decenios han desgastado la sociedad, generando desigualdades y obstaculizando un control político de las dinámicas económicas. Y es bajo estas circunstancias cuando reaparece Gramsci en primer plano. Por esto

hemos vuelto a Gramsci y a su descubrimiento de la sociedad civil entre Estado y mercado, tal y como ha sido elaborada hoy en día.

Alberto Martinelli (2008), por la parte sociológica, se pregunta si Burawoy no esté idealizando la sociedad civil, convirtiéndola en un fetiche, al frente de una demonización del Estado y del Mercado, exagerando su separación. En efecto, existen formas distintas de mercado, como existen formas distintas de Estado y de sociedad civil, y el mercado no sigue un orden espontáneo pero una institución ha de ser regulada. La investigación social muestra que no toda la sociedad civil es necesariamente «buena», también existen movimientos xenófobos y fundamentalistas, por ejemplo, aspectos de la sociedad civil como el clientelismo o familismo, que se hacen más fuertes donde los estados son débiles y los mercados no son competitivos. «En lugar de oponer la buena sociedad civil al mercado malo y al Estado malo –concluye Martinelli– es mejor analizar las distintas maneras en las cuales los diferentes tipos de instituciones interactúan, entran en conflicto entre ellos y cooperan, haciendo así posible la sociedad» (*ibid.*, p. 367).

Pienso que el juego entrecruzado de la sociología profesional, orientada a las políticas, crítica y pública, sugerido por Burawoy, y tomado en serio, lleva a conclusiones como estas. En todo caso se continuará discutiendo sobre esto.

Quiero acabar con una duda sobre la que reflexionar. Hemos visto críticas a Gramsci por parte de los sociólogos, pero está claro que sus conceptos, sugerencias de investigación, análisis de la sociedad italiana siguen siendo adquisiciones o referencias esenciales para los investigadores de hoy en día. Hemos visto también el peligro de encapsularlo como el icono de los movimientos, haciendo de la sociedad civil un fetiche. La duda entonces es la siguiente: ¿el énfasis en la sociología pública, entendida como en la elaboración gramsciana de Burawoy, empuja de nuevo a una contraposición de sociología y marxismo? En la sociología profesional de hoy en día se contraponen, por ejemplo en la teoría de la estratificación, una sociología neo-weberiana y una neo-marxista, y esto está perfectamente aceptado y juzgado como útil: más de una teoría pueden convivir en la sociología profesional, compitiendo entre ellas, y por lo tanto también una *sociología marxista*. Que es diferente de un *marxismo sociológico*, que Burawoy afirma querer desarrollar⁹. Sería un éxito en cierto sentido paradójico para un funcionamiento teórico que muchos años jugó a desarrollar nuevos caminos fusionando raíces diferentes, y que Gramsci aún puede contribuir a revitalizar.

Bibliografía

- ANDERSON, P. (1976), «The Antinomies of Antonio Gramsci», *New Left Review* I/100, pp. 5-78.
- APITZSCH, U. (2013), «Rethinking Gramsci», texto presentado en la *European Sociological Association Conference*, Turín.

⁹ Véase como ejemplo al respecto Burawoy (2003), titulado *For Sociological Marxism*.

- ARON, R. (1967), *Main Currents in Sociological Thought*, Nueva York [ed. cast.: *Las etapas del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1985].
- BOUDON, R. (2002), «Sociology That Really Matters», *European Sociological Review* 18, 3, pp. 27-238.
- BURAWOY, M. (2003), «For Sociological Marxism: The Complementary Convergence of Antonio Gramsci and Karl Polanyi», *Politics & Society* 31, 2, pp. 193-261.
- (2004), «2004 American Sociological Association. Presidential address: For public sociology», *The British Journal of Sociology* 56 2, pp. 260-294 [ed. cast.: «Por una sociología pública», *Política y Sociedad*, vol. 42, n. 1 (2005), pp. 197-225].
- (2007), «Public Sociology: Mills vs. Gramsci», *Sociologica* 2007, 1, pp. 7-13.
- CAVALLI, A. (2012), «Gramsci e Weber», en *Momenti di storia del pensiero sociologico*, Milán; en M. Paci (a cura di), *Gramsci e i classici della sociologia, I quaderni dell'Istituto Gramsci-Marche* (1993), pp. 69-85.
- FILIPPINI M. (2007), *Gramsci e le scienze sociali*, disponible en <http://www.gramscitalia.it/html/filippini.pdf> [véase asimismo *Quaderni di Teoria Sociale*, n. 13 (2013), Perugia, monográfico dedicado a «Gramsci e la sociologia», introducción de Massimo Rosati e Michele Filippini].
- (2012), *Il tremolio dello Stato: Antonio Gramsci e le scienze sociali*, Bologna, I libri di EMIL.
- GERTH H. y MILLS C.W. (1953), *Character and Social Structure* [ed. cast.: *Carácter y estructura social*, Barcelona, Paidós, 1984].
- GIDDENS A. (1976), *New Rules of Sociological Method: A positive Critique of Interpretative Sociologies*, Londres [ed. cast.: *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías interpretativas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1987].
- (1984), *The Constitution of Society. Outline of Theory of Structuration*, Cambridge [ed. cast.: *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995].
- MARTINELLI A. (2008), «Sociology in Political Practice and Public Discourse», *Current Sociology* 56, 3, pp. 361-370.
- MILLS C. W. (1959), *The Sociological Imagination*, Nueva York [ed. cast.: *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961].
- NISBET R. A. (1966), *The Sociological Tradition*, Nueva York [ed. cast.: *La formación del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990].
- PACI, M. (2013), *Lezioni di sociologia storica*, Bologna, Il Mulino.
- PARSONS T. (1951), *The Social System*, Glencoe, Ill. [ed. cast.: *El sistema social*, Madrid, Alianza, 1988].
- PIZZORNO A., 1970. «Sul metodo di Gramsci: dalla storiografia alla scienza politica», en P. Rossi (a cura di), *Gramsci e la cultura contemporanea*, 2 vols., Roma, 1970, pp. 109-126.